



**Araña**  
Jon Bilbao  
*Impedimenta*  
416 páginas. 22 euros

# Leer es una forma de amor

También lo hacemos en los sueños, al vivir lo que la vida real no nos otorga

Mi *beatle* favorito es George Harrison. Soy de *Here comes the sun*, *While my guitar o Something*, de la que Frank Sinatra, que la cantó, dijo que era la mejor canción de amor de los últimos 50 años. Cuando la gente empezó a darse cuenta de que Harrison era buen compositor también, cuando los otros Beatles se dieron cuenta, la banda ya se había separado. Unos meses después, en 1970, George Harrison publicó uno de los discos más hermosos, *All things must pass*, del que no sé si dijo algo Sinatra, pero debería haber dicho que ahí dentro hay, al menos, dos de las más hermosas canciones de amor de todos los tiempos: *I live for you* y la preciosa versión del tema de Bob Dylan *If not for you*.

Dylan tuvo mucho que ver en este disco en el que, dicen, hay un tema que Harrison dedica al de Duluth para animarle tras su crucial accidente de moto. Es *Behind that locked door*, una canción en la que



LAURA BARRACHINA

## Alta fidelidad

Pete Drake toca un *pedal steel* tan precioso que sentimos que caminamos hacia el crepúsculo con las botas llenas de polvo en el Lejano Oeste. En la letra, Harrison anima a la otra persona a salir del otro lado de esa puerta cerrada, a dejar de llorar, a compartir aquello con lo que ha sido bendecido.



El escritor Jon Bilbao.

Escuchaba *Behind that locked door* en mi cabeza mientras leía *Araña*, de Jon Bilbao. El escritor asturiano ha recuperado al huraño pistolero de *Basilisco*, John Dunbar, y con él, el juego de espejos con ese otro personaje que es el autor de las aventuras de John Dunbar y que se llama, también, Jon, y que vivió su infancia en Ribadesella y que ahora se ha separado de su mujer y reflexiona sobre si es posible rehacer su vida, recuperar el amor, olvidar y ser olvidado. Porque tras la máscara de western y las gotas de ciencia ficción, tras la coctelera de géneros tan habitual en Bilbao, lo que se esconde es una novela sobre las relaciones de pareja, sobre el amor que unos pierden y otros encuentran porque, de hecho, ese es el gran descubrimiento que hace John Dunbar en *Araña*: que puede amar y que le amen.

En la caravana en la que viaja John Dunbar se encuentra Lucrecia, otro ser huraño que se retira del gru-

po para leer a solas, entre otros, a Flaubert. Dunbar, que lee un desvencijado ejemplar de la *Iliada*, se queda atrapado en el misterio de esa mujer que lee todo lo que cabe en sus manos, incluidas las novelitas baratas que Dunbar, convertido en personaje popular en el Lejano Oeste, ha acabado protagonizando a su pesar.

De hecho, uno de los episodios más hermosos de esta historia de amor entre Dunbar y Lucrecia es aquel en el que el pistolero incluso se plantea escribir él mismo algún librito con nuevas aventuras con tal de ver a su amada volver a reír leyendo sobre él. Leer sobre él, entiendo Dunbar, es una forma de amor, una forma más de que ambos sigan conversando, como hacemos a veces en los sueños cuando vivimos aquello que la vida real no nos otorga.

De eso habla *In my dreams*, de Roy Orbison, la canción que, reconoce Bilbao, es la auténtica banda sonora de *Araña*, por eso una parte de su letra abre la novela: «*In dreams I walk with you, In dreams I talk to you, In dreams you're mine all of the time, We're together in dreams, in dreams*».

Laura Barrachina es periodista, directora de *El Ojo Crítico* de RNE.

La poeta Elvireta Escobio, viuda de Manolo Millares desde hace medio siglo, rememora las dos ocasiones en que ha visitado el cementerio civil de Madrid: el 15 de agosto de 1972, para enterrar a su marido, cuando un tumor cerebral le segó la vida a los 46 años, y el 24 de marzo de 1981, cuando el crítico José María Moreno Galván, fallecido a los 57, fue enterrado, a petición de su viuda, en el nicho de su amigo. Es casi una epopeya, poco divulgada, en el vórtice del antifranquismo: el artista, uno de los máximos promotores del grupo El Paso, y el crítico, uno de los principales mentores de aquel súbito oasis del informalismo del medio-siglo, y del propio Millares, cubiertos por una misma arpillera, yacen juntos en el más acá de un campo laico casi exclusivo para guirris.

Agnósticos acérrimos en época en que era arriesgado confesarlo, tanto el pintor canario como el crítico sevillano fueron autodidactas, además de excelentes escritores de vanguardia, e hicieron de sus breves vidas un cúmulo de tumbos, fuera de sus lugares de procedencia, para predicar en el desierto de la Dictadura. «Yo no sé lo que pinto, pero sí sé

## La arpillera como sudario

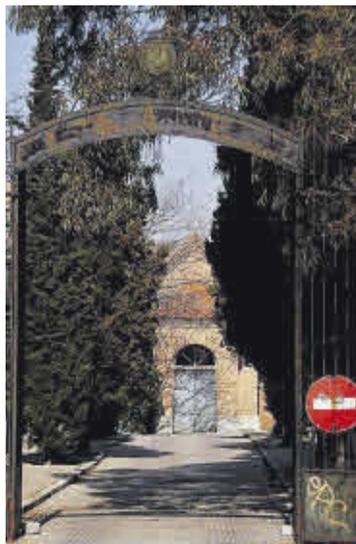
El crítico Moreno Galván y el pintor Manolo Millares comparten nicho en el Cementerio Civil de Madrid



ANTONIO PUENTE

## Mano de página

muy bien lo que hago», señaló el autor de *Memoria de una excavación urbana*, sentencia que, cambiándola,



Cementerio civil de Madrid.

apenas, por la escritura, serviría para el periplo del autor de *Autocrítica del arte*. En Santiago de Chile, Moreno Galván fue uno de los ideadores del Museo Salvador Allende, aunque no alcanzó a verlo en vida; y, antes, desde París, donde se publicaba *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, los artículos de Juan Triguero, como firmaba, consiguieron «enfurecer» al ministro del ramo, Fraga Iribarne. Los dos participaron en el homenaje a Antonio Machado en Colliure, organizado por la misma editorial. Y (más acá del sentido figurado que le da José-Augusto França a su definición de Millares: «Un arqueólogo de la civilización del desperdicio»), ambos profesaban devoción por la arqueología.

Un decenio antes de empezar a convivir en la misma tumba, compartieron también los últimos días de Millares. De ello da cuenta, en el obituario que le dedica en *Triunfo*, Moreno Galván, quien, para aliviarlo de la calufa del estío madrileño, se lo lleva a la sierra de la Demanda, en Burgos, donde él suele veranear, y hay excavaciones arqueológicas con las que entretener al pintor. «[Millares] merodeaba por las zanjas que abrían los obreros de la arqueología

igual que el animal busca la presa por instinto presentida». En términos semejantes a los que le dedica la crítica María Luisa Borrás —«la pasión desbordada, alucinante de un hombre que sufre en su carne el sufrimiento de los demás»—, Moreno Galván dice del creador de los *Homúnculos* y los *Antropofaunos*: «Lo suyo es, por encima de todo, una tentativa de comunicación con el hombre que se fue, con el hombre que se va, con el hombre que no se conoce, pero al que se sabe un semejante...». Una suerte de coetaneidad de todas las épocas y todos los lugares, parece proyectar el crítico en la figura de su amigo. Y una cierta aura de crística pagania y redención, con muerte prematura incluida, aunque él mismo no le fuera luego a la zaga.

Ambos siguen compartiendo nicho, imperturbables en su legado de que, al tacto de la arpillera, los signos son al mismo tiempo «células»; los colores son «valores», y que lo único auténtico en torno al arte y a la vida, su raíz conjunta, es «el acto creador».

Antonio Puente es escritor y crítico literario. Su último libro es *Para un imaginario del siglo XX* (Mercurio, 2021).